

NICETTE

(Traducido del francés, especialmente para Zio-Zio, por "Mosquetero")

—Eres un hombre muerto—dijo el médico mirando fijamente a Anatolio.—Este dudó. Había venido alegremente para pasar la tarde con su viejo amigo el doctor Bardais, ese ilustre sabio conocido en todo el mundo por sus trabajos sobre las sustancias venenosas y del que Anatolio, mas que la persona, había podido apreciar la nobleza de corazón y bondad casi paternal. Y hé aquí que de repente, sin miramientos, sin compasión, oyó salir de una boca tan autorizada ese terrible pronóstico.

—Desgraciado niño, ¿qué has hecho?

—Nada que yo sepa—balbució Anatolio muy turbado.

—Busca en tus recuerdos. Dime lo que has bebido, lo que has comido, lo que has respirado.

Esa última palabra fué como un rayo de luz para el asustado jóven. Esa misma mañana había recibido una carta de uno de sus amigos que recorría la India por mero placer. En dicha carta le enviaba una flor roja, grande y en la que el perfume, apesar de ser agradable, le había parecido demasiado penetrante. Anatolio buscó en su cartera y sacó de ella la carta y la flor, las que mostró al sabio.

—¡No hai duda!—dijo el doctor. Es la *Pyramacensis Indica!* la flor mortal, la flor de sangre!

—¿Entonces usted cree que verdaderamente...?

—¡Estoy seguro!

—Pero no es posible. No tengo mas que 25 años y me siento lleno de vida y de salud.

—¿A qué hora has abierto esa carta fatal?

—Esta mañana a las nueve.

—¡Pues bien! mañana temprano, a la misma hora, al mismo minuto, en plena salud como tú dices, sentirás una cierta angustia en el corazón y todo habrá concluido.

—¿Y no conoce Ud. ningún remedio, ningún medio de...?

—Ninguno—contestó el doctor.

Y ocultando la cabeza entre sus manos, se dejó caer en un sillón sofocado por el dolor. En vista de la emocion de su viejo amigo, Anatolio comprendió que verdaderamente estaba condenado a perder la vida y salió como un loco.

Con el sudor en las sienes y las ideas trastornadas, se puso a andar maquinalmente, inconsciente de lo que pasaba a su alrededor y sin fijarse en que ya era una hora muy avanzada de la noche, por lo que las calles ya estaban desiertas. Largo tiempo anduvo así, hasta que se sentó en un banco que encontró en su camino.

Este reposo le hizo bien. Hasta entónces había andado como si hubiese recibido un golpe de maza sobre la cabeza, pero ahora su aturdimiento se disipó y pudo coordinar sus desordenadas ideas.

—Mi situación—pensó—es la de un condenado a muerte; aun éste puede esperar el perdón. Pero a propósito, ¿cuánto me queda de vida?

Miró su reloj.

—¿Las tres de la mañana? Es tiempo de ir a acostarse. ¡Acostarme! ¡Dar al sueño mis seis últimas horas! No. Ciertamente tengo que hacer algo mejor que eso. ¿Pero qué? ¡Caramba! mi testamento para principiar.

Anatolio se dirigió al momento a un restaurant cercano que quedaba abierto toda la noche.

—Mozo, una botella de champagne y otra de tinta.

Bebió un vaso de rico Cliquot y miró el papel pensando:—¿A quién voi a dejar mis 6,000 libras

de renta? No tengo ni padre, ni madre, y es una suerte para ellos; y entre las personas que me interesan no veo mas que una: ¡Nicette!

Era ésta una encantadora primita, de 18 años, con cabellos rubios, grandes ojos negros y huérfana como él; esta comun desgracia habia establecido entre ellos una grande y secreta simpatía.

—Todo a Nicette, se dijo, y ésta última determinacion fué redactada al momento.

En seguida bebió un segundo vaso de champagne.

—Pobre primita—pensaba entre sí.—Estaba sumamente triste la última vez que la ví. Su tutor no conoce del mundo mas que su clase de instrumentos en el Conservatorio y ésa es la causa de que no se haya fijado al prometer su mano a ese brutal espadachín que ella detesta. Y lo aborrece tanto más cuanto ama a otro, si he comprendido bien sus continuos apuros y privaciones. Pero ¿quién es ese feliz mortal? Lo ignoro; pero debe ser digno de ella puesto que lo ha elegido.

Buena, dulce, bella y amante, Nicette es el ideal de los esposos. ¡Ah! es una mujer que me hubiese caído tan...! Es una infamia obligarla, agriar su vida confiando ese tesoro a un bruto. ¿Por qué no sería yo el caballero de Nicette? Está dicho y desde mañana será demasiado tarde; es preciso ohrar ahora mismo.



PAISAJE DE ALFREDO HERSHBY